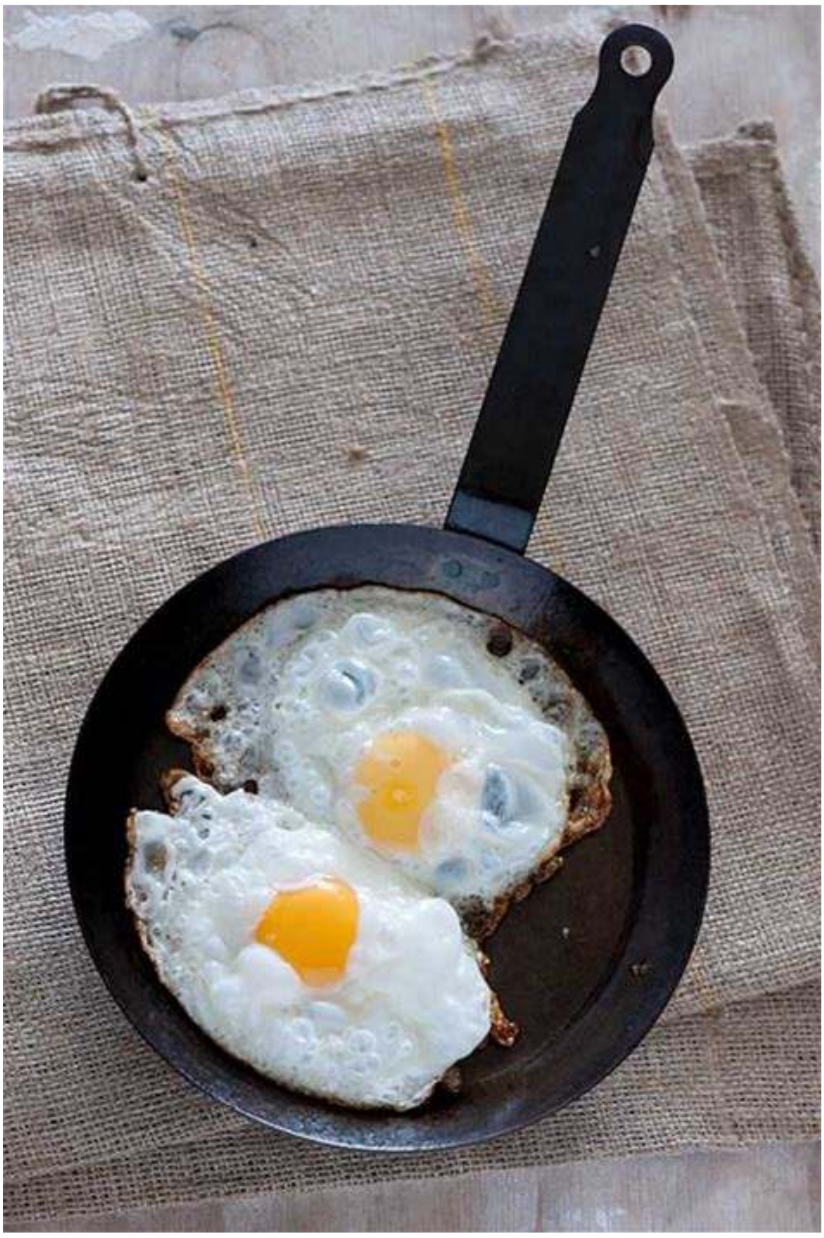
BURGOS 2025

DÍA DEL PÍNFANO

CONCURSO DE RELATOS



LAS LÁGRIMAS SANADORAS

6 de enero de 1959, Badajoz

Como cada año, el día de Reyes, los cinco hermanos salíamos en fila desde nuestras habitaciones. Yo, la más pequeña, iba la primera, impaciente por ver los regalos tan deseados que nos habían dejado los Reyes Magos.

Antes de llegar al comedor, mi tía Isabel, hermana de mi madre que vivía con nosotros —como solía ser habitual en aquellos tiempos, cuando las hermanas solteras ayudaban a criar a los hijos de la mayor—, nos pidió que no hiciéramos ruido porque nuestro padre se encontraba mal, y así lo hicimos. Y sí, estaba mal… tan mal que, apenas unos meses después, el 26 de abril, se marchó para siempre.

En aquella época, una niña de diez años no era tan despierta como las de ahora. De un día para otro, dejé de ser "la hija del capitán de Miguel" para convertirme en "la huérfana del capitán de Miguel". Me vistieron completamente de negro, incluso los lazos de mis trenzas.

Pasaron los días, y en casa empezaron a contarme que iría a estudiar interna a un colegio con muchas niñas y unas monjas que nos cuidarían muy bien, y así fue, pasado el verano, me cortaron mis preciosas trenzas para que pudiera peinarme sola, y llegó el día de partir al que sería mi nuevo hogar con mi maletita de cartón acompañada por mi madre y mi hermana Genoveva—a quien todos llamábamos Beba—, fuimos hasta la estación de Las Delicias, y de ahí, subiendo por una amplia calle, llegamos a Atocha. El destino final: Aranjuez.

Por fin llegamos al colegio María Cristina, en el que vivían huérfanas de Oficiales del Ejército, en su mayoría de Infantería. Pero esta historia merece un capítulo aparte.

Pasaron los años y yo era feliz en el colegio, muy feliz. Allí encontré amigas maravillosas, que se convirtieron en hermanas del alma. Afortunadamente, tengo muy buenos recuer-

dos de los años vividos con ellas, aunque la vida, una vez más, me tenía preparado otro duro golpe.

Durante seis años, mi madre padeció Alzheimer prematuro, en aquella época nadie entendía ni sabía lo que le pasaba a mi madre, imaginaros como lo pude vivir yo, que cuando iba de vacaciones a mi casa, mi madre ya no me conocía y a mí se me rompía el corazón, esta enfermedad no solo produjo un deterioro importante en ella, sino que también fue un desgaste profundo para toda la familia. Por desgracia, al ser un Alzheimer genético y hereditario, años después lo sufrieron también mis hermanos y algunos de mis sobrinos.

Cuando cumplí diecisiete años, un 14 de agosto después de varios días en el hospital, mi madre falleció, yo había estado mucho tiempo sola en casa y me había dado por comer huevos fritos, de repente me puse amarilla como un girasol, además sentía una rabia contenida enorme, seguía sin comprender tanta penuria, y esa rabia me impedía llorar y se me fue formando en el ojo derecho un enorme orzuelo que parecía otro ojo, toda vestida de negro parecía una aparición.

Me llevaron al médico y me dijo que ese orzuelo me había salido por no llorar y que, cuando empezase a llorar, desaparecería.

Terminaron las vacaciones de verano y volví al colegio con mi gran orzuelo y sin soltar una lágrima.

Pero allí estaban mis queridas Pinfanitas que me recibieron con muchos abrazos y mucho cariño, y con su constante compañía fueron pasando los días y de repente empecé a llorar y llorar como una Magdalena. Siempre tenía a mi lado a alguna de mis queridas compañeras, especialmente a una, mi querida Paquita Gamero, más conocida por Fancho, ella era mi hermana de pupitre, los tres años de Magisterio nos sentamos juntas y ella me sacó más lágrimas que nadie, de día y de noche.

Aquel orzuelo o segundo ojo que me había salido, se fue desinflando al tiempo que yo me quedaba sin lágrimas. La

rabia contenida disminuía y la serenidad parecía encontrar un lugar en mi corazón, mi cabeza y mi alma.

Fueron las lágrimas sanadoras, y mis compis Pínfanas amorosas, fueron las que me sacaron del pozo en el que había caído, y del que sola no podía salir.

Pero no os quedéis con mal sabor de boca, esto fue un hecho en mi vida triste y doloroso pero que me hizo crecer como persona, y me hizo darme cuenta de lo valioso que es el cariño de los demás, mi paso por el colegio fue en conjunto una experiencia que me enseñó a respetar a las personas que forman parte de nuestra vida.

Como quiero que os quedéis con un buen recuerdo de esta etapa de mi vida, os diré que cuando estábamos en el colegio y teníamos algún examen por la mañana, las Pínfanas de mi curso nos levantábamos pronto y bajábamos al patio de los comedores, donde acababan de dejar unas cestas de barras de pan recién hechas, cogíamos un par y nos las comíamos gustosamente con el aceite que mi querida hermana Beba me traía cuando venía a visitarme, echándole un poquito de azúcar por encima, ese panecillo con ese rico aceite, nos daba la energía suficiente para hacer el examen y pasar de nuevo un maravilloso día.

También era muy divertido subir y bajar por las famosas escaleras de San Rafael cogiéndonos la faldilla del uniforme, haciendo ver que éramos princesas que esperaban la llegada de su príncipe.

Podría enumeraros muchas anécdotas y cosas vividas en el colegio María Cristina ya que tantos años dan para mucho, aunque sé que no todas las alumnas vivieron momentos tan entrañables, mi experiencia como Pínfana y Cristina, marcaron como os he dicho antes una etapa de mi vida que recordaré siempre con mucho cariño y de la que he hablado a mi familia y amistades con mucho amor.

Y quiero dedicar este escrito a todas las compañeras que siguen conmigo y a las que ya no están, por que hicieron que

el colegio fuera mi nuevo hogar y me sintiera arropada por ellas y querida desde el primer día hasta hoy que sigo disfrutando cada año cuando puedo asistir a las reuniones y juntarme con muchas de ellas.

Por cierto, deciros también que dos de mis hermanos fueron a estudiar al colegio de Santiago en Valladolid, ellos también disfrutaron de esa etapa estando internos.